Pean, Coetandon, Kerbehel, Corson, Heacoat y otros muchos se levantaron y dijeron:

—Estamos dispuestos.

—Pues entonces, comencemos el baile, dijo Meloir con voz de mando.

Cada uno de ellos tomó sus armas.

No se dejó un soldado en el castillo.

Belissan recibió el encargo de llevarse los lebreles que habian de ser encerrados al pié de la capilla de San Auberto, en el Monte San Miguel, con el fin de cortar la retirada á los proscritos, si les ocurria intentar la fuga por las playas.

A la caida de la tarde la cabalgata salió del castillo, seguida de los arqueros y soldados, formados en buen órden.

Maese Gueffes iba entre ellos.

Por lo demás, hallábase cumplido su buen deseo. Era un verdadero ejército, un ejército tres veces mayor de lo que, segun todas las apariencias, se necesitaba para vencer á aquellas pobres gentes refugiadas en Tombelene.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA U. A. N. L.

TERCERA PARTE.

LA CACERIA.

I.

Antes de la batalla.

En Tombelene habian comido alegremente, porque la alegría se introduce en todas partes, aun en un retiro de proscritos.

Solo que habia allí tantas bocas abiertas en comunicacion directa con excelentes estómagos, que una sola comida bastó para sepultar casi en su totalidad las provisiones llevadas. Los muchachos y las mozas devoraban.

Aquella gran familia, formada por todas las familias de San Juan reunidas, comenzó á reflexionar, mirando los restos del festin, y el resultado de las reflexiones de cada uno fué el siguiente:

—No hay con qué hacer comida.

—Recuerdo el tiempo, dijo fray Bruno respondiendo al sentimiento general, en que cogíamos hermosos *mugos* (el *mullus* de Plinio) al Norte de Tombelene. El abad Gontran, que era muy aficionado á peces, los llamaba barbos... Y acerca de esto, sé una aventura.... Pero, dijo acordándose y deteniéndose precipitadamente, Mr. Hue me ha prohibido que cuente historias.

—Decidnos mas bien cómo cogeríamos muchos *mugos*, exclamó Juanillo.

—Con redes, hijo mio, es muy sencillo.

—¿Pero á dónde hemos de ir á buscar las redes?

—Hé ahí, chiquito mio, á donde iba yo á parar. No tenemos redes, por consiguiente no podemos coger mugos, ó barbos, segun el abad Gontran, y en latin *mullus*.

—Pues no hacia falta meternos en ganas, exclamaron las muchachas.

—¡Ja! ¡ja! dijo Bruno, parece que sois glotones, es decir, bretones. Ya sé yo lo que es eso, y la historia de Antoñita Basselet, la Tejedora, lo prueba bastante.

—Veamos la historia de Antoñita la Tejedora, gritaron en coro las muchachas y los mozos.

Por la primera vez en su vida comprendió Bruno el placer misterioso de la resistencia. Por la primera vez en su vida podia comprender el valor que dá á una cosa el hacerse rogar, esa cualidad que es el mérito exclusivo de tantos hombres pintureros, y de tantos cantores superficiales. Por lo general, cuando queria contar algo, le cortaban la palabra, y en la ocasion en que permanecia mudo le suplicaban que abriese la boca. A todas las edades se instruye uno poco ó mucho, y fray Bruno, que era hombre avisado, sacó quizás su provecho de aquella leccion. Nuestros datos, recogidos en el sitio mismo de la ocurrencia, no nos dan, empero, certidumbre alguna respecto á esto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

—Os contaré la historia de Antoñita la Tejedora en la velada del mes de agosto, replicó, y en cuanto á los *mugos* ó barbos, que para nada importa el nombre, sé una cosa que los sustituiría con ventaja.

—¿Qué es? ¿qué es?

—Fritos en manteca fresca, con cebolla, perejil y otras cosas, los conejos de Tombelene son un manjar de caballero.

—¡Queremos conejos, exclamó Juanillo!

Cada una de las muchachas pensó en el fondo de su corazon:

—¡De buena gana comeria conejo!

Una de ellas, desde que habia llegado á la edad de guardar los pavos, tenia ganas de comer conejo.

Juanillo se habia levantado, audaz como Artaban, y estaba ya saltando fuera del recinto con la ballesta en la mano.

—Aguarda, hijo mio, aguarda; los conejos de Tombelene son muy buenos, pero ya no los hay desde que los ingleses estuvieron de guarnicion en la isla.

—¡Ah! ¡pícaros ingleses! dijeron desesperadamente en coro.

—Les gusta la caza, como si fuesen cristianos, repuso Bruno; lo mejor es arañar la arena para encontrar mariscos que podremos cenar esta noche.

—Por lo que á nosotros hace, no importa mucho, dijo Juanillo, que esta vez no obtuvo la aprobacion de las muchachas, pero Mr. Hue, la señorita Reina y Simoneta de nada deben carecer.

—¡Eh! ¡muchachos! ¡á los mariscos! ¡á los mariscos!

—Contaré esa historia cuando llegue el caso..... decia el buen lego.

El muchacho Juanillo, de la aldea de San Juan, mas abajo de la ciudad de Dol, que llevaba una piel de carnero, como San Juan Bautista, en el año 50.

Estos datos principales se grababan en uno de los mil com-

partimentos de su terrible memoria. Era materia para mas adelante.

Los mozos y Juanillo salieron del recinto para ir á buscar mariscos al opuesto lado de Tombelene.

Entretanto Aubry estaba solo con el anciano caballero Maurever en la desmantelada torre. A dos pasos de allí, en el ángulo saliente de la línea de murallas, Juanillo habia construido, con el auxilio de piedras y tablas arrastradas por el mar, una cabañita en donde Reina y Simoneta estaban sentadas una al lado de otra. Simon le Priol, su mujer Francisca, y los demás que componian la emigracion, se albergaban lo mejor que podian, y hacian los preparativos para la noche.

—¡Hijo mio! decia el anciano Maurever á Aubry, fué para mí un gran disgusto cuando os ví arrojar vuestra espada hecha pedazos á los piés de nuestro señor Francisco. Lo hacias por amor á Reina, que es mi hija, y yo pensaba: «Héme aquí, á mí, Hue de Maurever, caballero breton, arrebatando una buena espada á mi señor el duque de Bretaña.»

—Padre y señor, contestó Aubry, lo que yo hice aquel dia, todos los nobles del ducado lo harán mañana.

Maurever inclinó la blanca cabeza.

—Entonces, quiera Dios ahorrarme el castigo que acaso he merecido.

Y como Aubry le miraba sorprendido, el anciano repuso:

—He creido cumplir mi deber..... pero el crímen del hombre está entre el hombre y Dios..... No cambia el derecho de nuestro señor el duque á quien pertenece la vida de nuestro cuerpo.... He hecho mal, Aubry, hijo mio; he hecho mal, muy mal.

Y se golpeó el pecho duramente.

—Yo debí permanecer arrodillado en las losas del coro, continuó, y tender mis manos á las cadenas. En vez de eso, traidor

de mí, emprendí la fuga, porque detrás de su velo de luto adiviné el tierno semblante de mi hija, y queria volverla á besar!

—¡Vos un traidor! exclamó Aubry, ¿vos el santo y el leal?.....

—¡Calla, niño, calla! ¡no blasfemes!..... Sí, soy un traidor, y Dios me ha castigado entregando á las llamas las moradas de mis vasallos de San Juan. ¿No he oido en mi soledad, por ventura, como un eco funesto? Coetity ha muerto delante de Cherburgo.... ¡nuestro eminente hombre de guerra! Así se van nuestros valientes bretones, dejando sus despojos en los campos de la Normandía. Yo te lo digo, Aubry, yo te lo digo. La Bretaña comienza su agonía en la victoria, como el mismo duque Francisco. Sopla un viento del Este, que será una tempestad. La Francia extenderá sus brazos de hierro.... y dirán: «La Bretaña era en otro tiempo una nacion noble.»

Aubry no comprendia.

Maurever prosiguió con creciente exaltacion, los cabellos erizados y los ojos alzados al cielo.

—¡Maldito sea, entre todos los dias malditos, el dia en que mueras! ¡oh, Bretaña! ¡Maldita sea la mano que toque al oro de tu corona ducal! ¡Maldito el breton que no dé toda su sangre antes de decir: «¡El rey de Francia es mi rey!»

—¿Y dónde está ese breton....? exclamó Aubry.

Maurever le miró con aspecto sombrío.

—Eres jóven, y verás todo eso. Nantes la rica, y Rennes la ilustre, y Vannes, y la vieja Pontiny, y Fougeres, y Vitrée, serán ciudades francesas.

—¡Nunca!

—Pronto.

Maurever ocultó la cabeza entre ambas manos y no volvió á hablar.

Aubry no se atrevia á interrogarle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al cabo de algunos minutos el anciano se arrodilló delante de la cruz de madera y oró.

Cuando hubo concluido la plegaria, se volvió hácia Aubry, que permanecia inmóvil en el mismo sitio.

—¡Niño! dijo, si estuviésemos solos los dos, te cogeria de la mano é iriamos juntos hácia nuestro señor á llevarle nuestras vidas. Pero no estamos solos, y acaso vale mas que suceda así, porque la sangre no lava la sangre, y el espíritu de rebelion se exaltaria mas aun al rededor de nuestras cabezas cortadas. Vamos á ser sitiados, sin duda. Haz lo que te dicte tu conciencia; yo dejaré mi espada en la vaina.

—¡Yo defenderé á Reina, exclamó Aubry, aunque hubiese de mandar á la eternidad á Meloir y á todos sus hombres de armas!

Maurever cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡A qué estado hemos llegado! dijo; ¡cada cuál para sí! ¿y quién sabe si no es esa la ley del hombre!

. . . . . .

En aquel momento habia anochecido por completo. El cielo no estaba tan claro como la noche anterior. La marea grande se acercaba, llevando consigo las borrascas en la tierra y las nubes en el cielo.

Hacia un viento caprichoso que soplaba por ráfagas bruscas. El firmamento de un azul muy vivo, sembrado de estrellas de extraordinario brillo, se cubria á cada instante de negros nubarrones, que corrian cual enormes bajeles á velas desplegadas.

Se comian á las estrellas, segun la expresion bretona. En el Oriente, cuando se descubria el horizonte, se veia el disco enorme y rojizo de la luna que salia del mar mostrando solo la mitad de su circunferencia.

Todo el aspecto de la noche era sombrío, pero lleno de movimiento. Cuando la luz de la luna fué bastante fuerte para platear los bordes de las nubes, todo este movimiento se agitó con violencia, y el cielo presentó la imágen del cáos sublevado.

Reina y Simoneta se hallaban solas en su pequeña choza improvisada.

Simoneta se sentaba á los piés de Reina á quien habian construido un banco de yerbas marítimas secas.

—¿Segun eso le amas mucho, pobre Simoneta mia? decia Reina sonriendo.

—¡Oh! querida señorita, hace poco no lo sabia; cuando oí que iban á ahorcarle, fué cuando mi corazon se destrozó. Muchas veces me levantaba por las noches, miraba por las ventanas de la granja, y siempre le veia bajo el manzano grande que está al opuesto lado del camino. ¿Querreis creerlo? Me daba risa, y decia para mí: ¡qué chicuelo tan raro! Pero ayer... ¡Dios mio! ¡cuánto lloré!

Y sus ojos estaban aun preñados de lágrimas.

Reina la atrajo hácia sí y la besó.

—Y tanto, tanto lloré, prosiguió Simoneta sonriendo entre sus lágrimas, que ya no veia á mi buena señorita. ¡Lo que somos! No habia llorado mucho mas cuando nos dijeron que os habiais muerto.....

Y llevaba la mano de Reina á los labios.

—Y sin embargo, daria tal vez mi vida por el amor de nuestra querida señorita, dijo interumpiéndose; lo creeis firmemente, ¿no es así?

—Sí, mi buena Simoneta, lo creo.

—Pero cuando no se sabe que se ama, viene..... así.... de repente, ese conocimiento, ya veis..... Parece que es mas fuerte. Figuraos que justamente de las ramas del manzano grande era de donde querian ahorcar á mi Juanillo... si no hubieseis llegado... ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó volviendo á interrumpirse, hace poco se lo decia á Juanillo, que se cree ya un hombre des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA

de que le han ahorcado á medias. Le decia: «Si no te haces matar por nuestra señorita, puedes buscar otra novia;» ¿y sabeis que me contestó? ¡Es singular lo fanfarron que se ha vuelto!

—¿Qué te ha contestado, hija mia?

—Me ha dicho: «Si no me hablases así cuando se trata de nuestra señorita, podrias buscar otro amante.»

—¿De veras?

—Tan cierto como lo estoy diciendo. ¡Cómo cambia un mozo cuando le ponen la soga al cuello! Ya comprendereis el placer que me ha causado ver que os quiere tanto como yo, señorita Reina.

Reina estaba distraida.

Simoneta calló y comenzó á mirarla con una expresion maliciosamente ingénua.

—Señorita, prosiguió de improviso, como si la ocurriese una idea, cuando llegó, las muchachas y los mozos decian: «¡Oh, qué hermoso caballero, qué hermoso caballero!»

Reina se ruborizó levemente.

—¿De quién estás hablando, hija mia? preguntó.

Diremos de paso que sabia perfectamente de quien hablaba Simoneta.

—¡Pardiez! contestó esta, ¿de quién ha de ser? del señor Aubry con su casco de plumas y su brillante cota de armas. Y todos los mozos y las muchachas decian tambien: «Es el prometido de nuestra señorita.» ¿Es cierto eso?

—¡Es cierto!

—¡Oh! ¡tanto mejor! exclamó Simoneta. ¡Deseo tanto veros felices!..... ¡Cuánto debe amaros el jóven caballero! ¡y qué hermoso será veros á ambos en la capilla del castillo! A Dios gracias, los tiempos malos pasarán, dijo interrumpiéndose con viveza, y volverá la alegría ¿Quereis concederme una merced, eñorita Reina?

—¡Una merced, pobre niña mia! contestó Reina volviendo á uno y otro lado su linda cabeza rubia. No estoy en posicion de conceder mercedes.

—Hoy no... pero mañana... Para mañana es la merced que imploro.

Reina no pudo menos de sonreir al ver aquella cariñosa confianza que se tomaba la buena de Simoneta.

—Pues bien, replicó casi con alegría, te otorgaremos la merced que solicitas, hija mia.

Simoneta quiso besar su mano.

Estaba tan gozosa como si aquellas palabras hubieran salido de la hermosa boca de Isabel, duquesa de Bretaña.

—Gracias, ¡mi querida señorita, mil gracias! dijo. La merced que pido no es para mí, sino para Juanillo, mi novio, que nada ganará en llegar á ser mi marido, pues nuestra casa se ha quemado. ¡Ay Dios mio! añadió entre paréntesis, ¿quién sabe lo que habrá sido de la Negra y la Roja en medio de todas estas desgracias?

—¿Y qué puedo hacer por tu Juanillo, pobre Simoneta?

—Cuando el noble Aubry sea caballero, contestó la jóven, necesitará una comitiva... Sé lo que vais á responderme... Dicen que Juanillo es mas cobarde que una gallina..... Descuidad; es mentira, mi buena señorita. ¡Si hubieseis visto á Juanillo cuando iba á morir!..... Pensaba en su anciana madre y en mí.

Dirigia á Dios sus oraciones con dulce tranquilidad, como si hubiera estado diciendo su plegaria de todas las noches. ¡Oh! es valiente, mi novio Juanillo, y nunca olvidaré la hora que pasé, como que yo era quien lloraba, y él quien me consolaba.

—Cuando Aubry de Kergariou sea caballero, dijo Reina, haremos de Juanillo un hermoso escudero.

Simoneta, que no era corta de lengua cuando se ponia á ha-

blar, no encontraba ya palabras para dar gracias, tanta era su ventura.

Reina se inclinó y la besó en la frente.

Los rizos ligeros y sedosos de sus cabellos rubios, se mezclaron con la opulenta cabellera negra de la jóven vasalla. Era un cuadro gracioso y encantador.

—¡Escuchad! dijo Simoneta, que se estremeció con violencia y se levantó.

Se subió á una piedra que estaba fuera del umbral, y pasó su cabeza por encima del borde del recinto.

Reina estaba ya á su lado.

Las mejillas de ambas jóvenes, que poco antes tenian todo el brillo y frescura de la juventud, estaban á la sazon igualmente pálidas. Todo su cuerpo temblaba.

Sobre la blanca arena de la playa se veian objetos que avanzaban y parecian irse arrastrando.

La luna pasó sus rayos entre dos nubes. Al pié mismo del recinto, una forma sombría se enderezó lentamente.

II.

El Sitio.

Reina de Maurever y Simoneta estaban como petrificadas.

En el momento en que Reina, que fué la primera que se repuso, abria la boca para lanzar un grito de alarma, una mano de hierro la tapó y la sujetó por detrás. Un hombre de elevada estatura, á quien la oscuridad que reinaba impedia que se le pudiese conocer, estaba de pié á su lado.

—¡Silencio! murmuró el hombre.

—¡Padre mio! dijo Reina.

Las formas negras continuaban arrastrándose sobre la arena.

—¿Donde está Aubry? preguntó Reina, cuyo aliento se contenia en su pecho.

—Está durmiendo.

—¿Y las gentes de la aldea?

—Están durmiendo.

El hombre que se hallaba al pié de la muralla, fuera del recinto, comenzaba á escalarla. Se le oia hincar su daga entre las piedras y subir.

—¡Muchacha! dijo el anciano Maurever á Simoneta, vé á despertar á los tuyos, pero no metas ruido.